

# TRASCENDENCIA HUMANA

LAURA VALENTINA MÉNDEZ SUÁREZ



**E**l frío se pegaba a la ventana, había llovido media hora atrás y las gotas aún caían de las hojas de los árboles. El fondo de la tarde era de un gris un tanto tenue, el vapor brotaba del asfalto y se sentía el silencio profundo tras un día agitado.

Allí estaba él, al otro lado de la ventana, con su mirada penetrante, sentir su presencia a diario no me deja estar serena.

—¡Auuuuu, auuuuu!

El aullido de ese perro me asustó, no me di cuenta en qué momento me dormí. Me asomé a la ventana y un escalofrió recorrió todo mi cuerpo al ver a ese perro junto al árbol, tal como estaba ubicado ese hombre en mi sueño.

Desde niña, una presencia me persigue en mis sueños, pero a veces ya no sé qué es sueño o realidad. Recuerdo que cuando era pequeña pasaba las vacaciones junto con mis tres primos en casa de la abuela. Una de esas mañanas de juego algo opacó el día, un objeto tan grande que tapaba gran parte del cielo. La angustia nos ganó y con un grito llamamos a mi mamá; al salir, ella se asustó y nos pidió no salir de la casa durante el resto del día. Al amanecer, encontramos la puerta de la casa abierta y todo el césped del jardín quemado; fue una incógnita que nunca logramos entender y que hoy no sé si fue sueño o realidad.

Cuando cumplí diecisiete años, conocí al que es mi esposo hoy. Recuerdo esa fiesta en Madrid donde él hacía parte del grupo de baile. Todo pasó tan rápido: al año ya estábamos corriendo al hospital porque había roto fuente, fue un parto complicado, yo solo sentí cómo perdía mi aliento poco a poco hasta ver todo borroso. Durante mi estado de inconsciencia me transporté a otra realidad, había un muro que me separaba de un hombre extraño y una pequeña ventana que permitía que nos viéramos fijamente el uno al otro. Veía tanto odio en sus ojos, pero solo me dijo: *Ahora no es el momento*.

Sentí una corriente pasando por todo mi cuerpo que me hizo despertar. Al volver a abrir mis ojos, estaba él, mi hijo, Alan. Lloraba desbordadamente, y al tomarlo en mis brazos, sentí cómo todo el miedo se desvanecía, olvidando lo que acababa de pasar.

Después del nacimiento de Alan, decidí quedarme en Madrid. El tiempo transcurría sin ninguna novedad, pero en ocasiones sentía esa presencia a mi lado. Me dolía bastante la espalda y amanecía con moretones que no tenían ninguna explicación. Los sueños extraños jamás cesaron, y aunque intentaba acostumbrarme a ellos, siempre fueron algo que me hacía sentir diferente. Mi hijo Alan también incitaba en mí preocupación. Con cinco años de edad, sus amigos imaginarios parecían normales, pero con el tiempo se convirtieron en su única forma de relacionarse. Yo no comprendía por qué Alan se comunicaba más con lo que no veía que con la realidad. La soledad invadía mi alma cuando le hablaba a Alan sin obtener respuesta alguna, ni siquiera una mirada se conectaba a mis ojos; en cambio, continuaba conversaciones sin sentido con el vacío que había entre él y las paredes de la casa.

Realmente nunca he sentido una conexión con Dios; sin embargo, ha habido ocasiones en las que he elevado eso que llaman plegarias. Una tarde nos reunimos para una cena familiar, un momento para compartir con todos mis primos y tíos, la oportunidad para ver a todos realizados junto a sus familias. En medio de la conversación sobre los recuerdos de la niñez, dije:

—¿Recuerdan aquel día en casa de la abuela cuando jugábamos afuera y ese objeto en el cielo nos opacó el día?

Todos me observaron muy raro. Les volví a repetir y continué:

—Ese día encontramos la puerta abierta y el césped quemado.

—No sabemos de qué hablas, seguramente te lo soñaste

—afirmó molesto uno de mis primos.

Al ver los rostros de todos, parecía como si les hubieran borrado ese momento de la mente. En el viaje de regreso a casa, volví junto con Alan, y nuevamente, durante el trayecto, vi a aquel hombre. El tren se fue llenando poco a poco y solo lo podía visualizar de reojo, era un camino largo. Entrecerré los ojos, y al abrirlos era él de nuevo, pero esta vez de su mano tenía a Alan. El hombre me miró sin parpadear, vi cómo poco a poco se alejaron de mí, bajaron de la estación y quedaron parados en la estación; yo seguía en ese tren que conducía a ningún lado, completamente petrificada. De repente, una voz: *Ya llegamos*.

Abrí mis ojos, el tren había llegado a su destino, ya no había nadie. Me levanté tan asustada, y al ver vacía la silla donde estaba Alan, desesperada empecé a gritar; no lo encontraba, el tren ya estaba completamente vacío. Salí y corrí por toda la estación, la angustia me ganaba, miraba hacia todos los lados y no estaba. Las piernas me fallaban, la voz no me salía. Mi pesadilla se hacía realidad. Al dirigirme a la salida vi a Alan junto a un hombre. Corrí y corrí, al llegar Alan ya estaba solo.

Al caminar a casa, mi hijo y yo no hablamos, lo veía mirar fijamente hacia la nada, perdido, como siempre, en su mente. Al entrar a la casa, encontré a ese hombre sentado esperándome. No pude ni reaccionar.

—Seguramente te has preguntado a lo largo de tu vida quién soy yo. Me llamo Angus, tú y yo tenemos muchas cosas en común,

los misterios de la vida son muchos y están sin resolver. En el pasado, tu abuelo fue un médico muy famoso, muchos lo conocieron, entre ellos yo. Él, podría decirse, era mi médico; pero digo “podría decirse” porque no era un médico para curar: me utilizó como parte de sus experimentos. Finalizada la guerra, tu abuelo decidió tener una familia, se casó con tu abuela y desearon por mucho tiempo tener hijos. Sin embargo, tu abuelo nunca logró realizar su sueño por ser estéril, convenció a tu abuela de aceptar una inseminación de mi esperma y así nació la que es tu madre. Lo interesante de esta historia es que tu abuelo hizo lo mismo con tu madre, él nunca dejó que ningún hombre se le acercara y por esa razón tu madre tomó la decisión de abandonarte cuando eras una niña. Tú, tu madre y yo somos la misma persona. No somos nada más que una pieza dentro de un rompecabezas de experimentos genéticos.

Al instante sentí un leve adormecimiento nuevamente, todo se puso borroso, escuché un estruendo y luego una picazón me invadió en todo el cuerpo. Abrí los ojos de nuevo. Miré a mi alrededor, había cinco personas que solo repetían:

—Ha despertado. Es momento de notificar y pasar a la fase dos.

